

Evocación romántica

Con la indumentaria más etiquetera del año y el ánimo pre-dispuesto a dar y recibir los más dulces galanteos, nuestros abuelos celebraban su Fiesta Mayor con el regocijo propio de una época en que las diversiones se aquilataban, por lo espaciadas, en toda su amplitud y valor.

Emparejado con la sonrisa cortesana, iba el ceremonioso saludo; al lado de la mirada pura y amorosa, corría parejas el piro-po lleno de ingenio y de gracia; ellas, bajo la vigilante mirada de mamá; ellos, postineros y aguerridos en lances de amor.

Cuando el día cerraba sus puertas a la noche esperando ansioso un nuevo amanecer, ¡cuantas serenatas debajo clásica ventana gótica, con la cítara pulsada por manos ardientes, con canciones salidas del fondo del alma y escuchadas en sigilo, en vela constante, por corazones rebosantes de femenil ternura!

Languidamente, con la placidez de las aguas mansas, discurrían las fiestas mayores de aquel exaltado y a veces sosegado siglo XIX, pacífico en costumbres y con frenesí de ideas.

¡Bendita exaltación, que dejabas huellas indelebles en los espíritus juveniles anhelantes de acariciar con sus castos labios la copa del amor!

¡Bendito sosiego, que la languidez de unos ojos dulces y la sonrisa de una boca pura te hacía estremecer de ternura y vibrar de esperanza!

P.

